

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN APOLINAR, obispo, el cual fué consagrado en Roma por el apóstol S. Pedro, y enviado á Ravena padeció por la fe de Jesucristo muchos y grandes trabajos: despues pasó á predicar el Evangelio á la Emilia (ó Romañola) y convirtió allí muchos idólatras, y finalmente vuelto á Ravena acabó con glorioso martirio en tiempo del emperador Vespasiano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN LIBORIO, obispo y confesor, en Mans en Francia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN RASIFO, mártir, en Roma.

SANTA PRIMITIVA, virgen y mártir, tambien en Roma.

LOS SANTOS MÁRTIRES APOLONIO Y EUGENIO, igualmente en Roma.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TRÓFIMO Y TEÓFILO, en el mismo día; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano fueron apedreados, echados al fuego, y por último degollados alcanzaron la corona del martirio.

MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en la Bulgaria, que por mandato del malvado emperador Nicéforo, destruidor de las iglesias de Dios, murieron de diversas maneras, degollados, ahorcados, aseteados, con cárcel perpetua y de hambre.

LAS SANTAS VIRGENES RÓMULA, REDEMPTA Y ERUNDINA, en Roma, de las cuales escribe el papa S. Gregorio (en el libro 4.º de los Dialogos diciendo, que Sta. Rómula fundó en el siglo VI. en la misma ciudad de Roma una especie de monasterio en el cual la acompañaron las otras dos santas Redempta y Erundina, siendo las tres modelo de castidad, de paciencia y mortificación.)

SANTA BRÍGIDA, viuda, tambien en Roma, cuyo sagrado cuerpo fué trasladado á Suecia el día 7 de octubre, y su festividad se celebra el día 8 del mismo mes. (*Véase su vida en dicho día.*)

SAN APOLINAR, Ó APOLINARIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Es reconocido S. Apolinar por apóstol, y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fué discípulo del Salvador, y despues de su gloriosa ascension acompañó á S. Pedro á Antioquia, donde trabajó debajo de su direccion con tanto zelo y con tanta felicidad en la propagacion de la fe, que cuando el Apóstol dejó la cátedra de Antioquia para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su zelo por la religion. Luego que llegaron á ella, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su



S. APOLINAR, O. Y M.

amado compañero, le consagró obispo, y le envió á Ravena.

Recibió su mision con extraordinario gozo por el ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por amor de Jesucristo; y con la esperanza de encontrar presto la corona del martirio en un pueblo furiosamente adherido al culto de los dioses y á todas las supersticiones del paganismo, partió inmediatamente á su destino. Estaba ya á las puertas de la ciudad, cuando un muchacho, ciego desde su nacimiento, asiéndole á tientas de la ropa, le pidió una limosna. Compadecido el Santo del trabajo de aquel niño, se la dió muy ventajosa, porque haciéndole sobre los ojos la señal de la cruz, le dió al punto la vista. Al ver esta maravilla le rodeó al punto una multitud de gente; y aprovechándose el Santo de la buena disposicion en que estaban los ánimos á presencia del milagro, los habló poco mas ó menos en los mismos términos en que S. Pedro habia hablado á los judíos, despues de haber curado milagrosamente al cojo que pedia limosna á la puerta del templo.

Amigos, les dijo, ¿por qué os admirais de lo que acabo de hacer con este niño, ni á qué fin me considerais á mí como si lo hubiera hecho por mi autoridad ni por mi virtud? Si di la vista á este ciego, fué en el nombre del verdadero Dios que os vengo á anunciar; y no hay que esperar salvacion ni vida eterna sino abrazando su religion. Tardó poco en recoger los primeros frutos de su apostolado; el niño, su padre, que era soldado, y se llamaba Ireneo, con toda su familia se convirtieron luego á Jesucristo, y estendida por toda la ciudad la fama del milagro, todos se daban priesa por ver y conocer al hombre prodigioso que le habia obrado.

Llegando la noticia á un oficial que mandaba un cuerpo de tropas con el grado y título de tribuno militar, suplicó al Santo que pasase á su casa á visitar á su mujer, que se estaba muriendo despues de muchos años de una penosa enfermedad. Entró Apolinar en el cuarto de la enferma, y hallándola á punto de espirar, hizo oracion á Dios, y despues la señal de la cruz sobre la enferma en presencia de su marido y de toda la familia, mandándola que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto recobró todas sus fuerzas la postrada moribunda, y gritando ella misma la primera, *milagro, milagro*, se incorpora, se levanta, se arroja á los pies del Santo con su marido y con toda su familia, confiesan todos que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, y todos piden el bautismo.

A tan dichosos principios se siguió una abundante y copiosa miés. El tribuno recién convertido dió al Santo una de las casas

que tenia en Ravena, la cual fué como la cuna de aquella tierna y recién nacida iglesia. Creció tanto en poco tiempo el número de los fieles, que Apolinar se vió precisado á formar una como especie de clero, escogiendo algunos discípulos para que le ayudasen en las sagradas funciones de su ministerio. Celebrábase los divinos misterios con respeto y con veneracion; cantábase las alabanzas del Señor con devocion y con piedad, y el zeloso pastor distribuia al pueblo el pan de la palabra de Dios. Aunque estos ejercicios de religion se hacian de noche y en secreto, como se acostumbraba en aquellos tiempos de persecuciones, no pudieron hacerse tanto, que los paganos no lo llegasen á entender. Sobre todo, los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuidos sus emolumentos y el culto de los dioses desde que Apolinar estaba en la ciudad, enconaron los ánimos contra él, y le acusaron ante Saturnino, gobernador de Ravena, como á cabeza muy principal de los cristianos. Llamóle al gobernador, y al principio le trató con mucha urbanidad, teniendo presente que era respetado por hombre milagroso; pero le dió quejas de la grave injuria que hacia al gran Júpiter, habiendo ya doce años que no cesaba de dogmatizar en la ciudad. Respondió el Santo con mucho respeto, que no conocia á tal Júpiter, ni mucho menos podia discurrir se hiciese agravio al público en intentar sacarle de la impiedad y de las tinieblas de la idolatría. *Pues si no le conoces*, replicó el gobernador, *yo te le daré á conocer; vamos juntos al templo.* Quedó atónito el Santo cuando vió la multitud de vasos de oro y de preciosos ornamentos, que no tanto adornaban, quanto oprimian el sacrilego altar del ídolo; y enternecido hasta derramar muchas lágrimas á vista de las inmensas riquezas que se sacrificaban al demonio: *¿Es posible*, exclamó, *que hombres de razon se despojen, se consuman y se empobrezcan por enriquecer un ídolo vano, que no vale lo que tiene á cuestras? ¿Qué poder tiene vuestras Júpiter? ¿quién ha hecho dios á un hombre, que segun vuestras mismas fábulas fué el mas facineroso de todos los mortales?* No fué menester mas para que todo el pueblo se alborotase y se armase contra él. Abandonóle el gobernador á su discrecion; molieronle á palos y á pedradas, y considerándole ya muerto, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad. Acudieron los cristianos, y habiéndole hallado junto á la orilla del mar todavía con vida, le ocultaron en una casa, que luego se convirtió en una iglesia.

Recobrado de los golpes, y enteramente curado de las heridas, habia seis meses que trabajaba sin cesar en la viña del Señor con mas fruto que nunca, cuando cierto caballero, llamado Boni-

facio, que muchos años antes habia quedado mudo de un accidente, sin haber podido recobrar el uso de la lengua por mas remedios que le aplicaron, noticioso de que vivia aun el Santo, le envió á su mujer para que le suplicase viniese á verle á su casa. Pasó á ella el Santo, y luego que entró, invocando el nombre de Jesucristo, libró á una criada que estaba poseida del demonio. A este primer milagro se siguió el segundo. Apenas se echó Bonifacio á los pies de Apolinar, cuando recobró el uso de la lengua; y á vista de los dos prodigios, toda la familia se convirtió á la fe de Jesucristo, siguiéndose á esta pronta conversion la de mas de quinientas personas.

Tantos hechos milagrosos de necesidad habian de sobresaltar de nuevo á los gentiles. Revivió su odio contra el santo obispo, y echando mano de él despues de muchos malos tratamientos, segunda vez le arrojaron de la ciudad. Retiróse á una caverna, donde no cesaba de fortalecer y de instruir á los cristianos que le iban á buscar. Hizo allí muchas conversiones, y cuando ya tenia á los neófitos bien catequizados, los llevaba á la orilla del mar y los administraba el santo bautismo. Como no veia apariencia de que pudiese volver á entrar en su iglesia tan aprisa, y por otra parte se hallaba como encarcelado su fervoroso zelo, pasó á la provincia de Emilia, y corrió otros muchos paises anunciando el Evangelio con increíble fruto.

Pero el rebaño no podia llevar en paciencia tan larga ausencia de su amado pastor; obligáronle los cristianos de Ravena á que se volviese á su iglesia, donde fué recibido con tantas demostraciones de gozo, que muy en breve le hicieron olvidar todas las fatigas pasadas. Tuvo noticia de su llegada un patricio antiguo, llamado Rufo, y al punto le envió un recado, suplicándole viniese á ver una hija suya que estaba gravemente enferma. Apenas entró el Santo en la casa cuando la enferma espiró. Era idolatra Rufo; y juzgando ser efecto aquella desgracia de la cólera de sus dioses, se enfureció contra Apolinar; pero el Santo, sin alterarse, le respondió: *¿Me dais palabra, señor, que si Jesucristo os restituye á vuestra hija, no la estorbareis que reconozca y siga á su Salvador? Yo te juro*; respondió el alligido padre, *que si tu Dios resucita á mi hija, ella, yo y toda mi casa no reconocemos otro Dios que él*. Hizo oracion Apolinar, acercóse á la difunta, y levantando la voz, dijo: *Hija mia, levántate en nombre de Jesucristo, y da gracias á tu bienhechor*. En el mismo instante se levantó la doncella diciendo á gritos: *El Dios de Apolinar es el único Dios verdadero*. Resonaban por toda la casa las voces de alegría, y recibieron el bautismo mas de trescientas personas.

Rufo fué despues un cristiano muy fervoroso, y su hija ejemplo de las doncellas cristianas.

Necesariamente habian de meter mucho ruido tantas y tan portentosas maravillas. Llegaron á noticia del emperador. Pintáronle á Apolinar como á un formidable hechicero, que por virtud de sus encantamientos resucitaba muertos, y era el mas temible enemigo de los dioses del imperio. Dió comision á uno de sus oficiales, llamado Mesalino, para que recibiese informacion de los hechos de Apolinar, y si rehusase sacrificar á los dioses, sin dilacion le echase de Ravena, enviándole á algun destierro. Ejecutóse la orden con mayor rigor de lo que ella espresaba. Irritóse el brutal juez á vista de la constancia y de la elocuencia con que el santo obispo defendió la causa de Jesucristo. Mandóle primero aplicar á una cruel tortura, hizo despues que despedazasen á azotes su santo cuerpo, y ordenó que escaldasen las heridas con agua hirviendo. Reparando el tirano que en medio de aquellos suplicios no cesaba Apolinar de cantar alabanzas á Dios, mandó que le moliesen con piedras las mandíbulas; y habiéndole tenido encerrado por algun tiempo en un lóbrego y hediondo calabozo, con el fin de que se muriese de hambre, viendo que no lo podia conseguir le envió desterrado á Grecia.

Luego que el navio se hizo á la vela, y salió del puerto, padeció naufragio, pereciendo todo el equipaje, sin salvarse mas que el Santo, tres eclesiásticos que le seguian, y otros tres soldados que se habian hecho cristianos. No estuvo ocioso el santo obispo en su destierro; corrió muchas provincias, haciendo en todas partes nuevas conquistas á Jesucristo, y padeciendo en todas una especie de martirio. Hallándose en una ciudad donde era adorado el idolo de Sérapis, enmudecieron los demonios. Admiróse el pueblo, y entendió que la presencia de Apolinar, discípulo de Jesucristo, tenia mudos á todos los oráculos. Buscaron al hombre milagroso, y despues de muy maltratado, le metieron en una embarcacion que se hacia á la vela para Italia. Tercera vez le condujo á su iglesia la divina Providencia, y en ella celebró los divinos misterios con indecible gozo de los cristianos; pero no duró mucho la calma: sorprendióle en cierta ocasion una tropa de paganos, al mismo tiempo que estaba en el altar celebrando el santo sacrificio, y despues de haberle molido á golpes, le llevaron arrastrando por las calles hasta la casa de un oficial principal llamado Tauro. Celebró mucho éste ver en su casa al hombre de quien se contaban tantas maravillas: llamó á ella á sus principales amigos, queriendo probar en presencia de todos la virtud de hacer milagros que le atribuian.

Tenia Tauro un hijo muy pequeño que habia nacido ciego, y dijo á Apolinar: *Si das vista á este niño, creeré en el Dios de los cristianos, y te prometo que hará lo mismo toda mi familia.* No deliberó un punto el Santo; mandó que le acercasen el niño; hizo sobre él la señal de la cruz, y le dijo: *Hijo mio, en nombre de Jesucristo abre los ojos y ve.* Inmediatamente los abrió el niño, quedando como atónito y suspenso por algun tiempo con la admiracion de los objetos que nunca habia visto, y despues exclamó lleno de gozo: *¡Oh, y cuántas cosas veo!* Este pronto y estupendo prodigio ganó muchas almas para Jesucristo; pero no fué bastante para convertir á los sacerdotes de los ídolos. Queriendo Tauro librar á Apolinar de sus manos, le envió á una de sus casas de campo, distante algunas millas de la ciudad. Cuatro años estuvo el Santo en ella haciendo muchas conversiones, con grandes servicios á los cristianos, y ejercitando con toda libertad las funciones de su ministerio; pero habiendo sido tambien entonces descubierto, los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver desiertos sus templos, hicieron tantas instancias al emperador, que al fin obtuvieron un decreto para que así el santo obispo como todos los cristianos fuesen desterrados del territorio de Ravena. Sin duda que el emperador le trataba con tanta blandura en atencion á los prodigios que obraba continuamente. Fué en fin arrestado Apolinar; y cuando ya le llevaban al puerto, los cristianos que podian mas, se le arrancaron por fuerza á los gentiles; pero cogido otra vez por éstos al mismo tiempo que iba á entrar en la ciudad, le dieron tantos golpes, que le dejaron por muerto. Halláronle aun los cristianos con vida, y le retiraron á una casa inmediata, donde exhortando continuamente á los fieles á ser constantes en la fe á pesar de las persecuciones; espiró siete dias despues entre las manos de sus queridos hijos, que quedaron inconsolables con la pérdida de tan amoroso padre. Sucedió su preciosa muerte el dia 23 de julio del año de 81 en el imperio de Vespasiano. Sacrificóse este gran Santo, dice S. Pedro Damiano, como una hostia viva al Señor, en el prolongado martirio de veinte y nueve años que duró su pontificado, siendo célebre en la Iglesia por su zelo, por su santidad, por sus trabajos y por sus milagros. Por una inscripcion muy antigua, que aun se lee hoy en la iglesia de Clase, á cinco cuartos de legua de Ravena, se sabe que estuvo en aquel sitio el santo cuerpo dentro de un sepulcro de mármol blanco, el cual se conserva todavía; y en la misma se dice que se conservó allí hasta el octavo año del consulado de Basilio, que fué el de 544; en que Maximiano, obispo de Ravena, le hizo trasladar en el dia 9 de ju-

nio á otro lugar mas retirado de la misma iglesia, que es una gruta debajo del altar mayor, donde hoy dia se ve el sepulcro de mármol de nuestro Santo. Siempre le han profesado los pueblos grande devocion, la que cada dia va en aumento por los grandes beneficios que consigue su intercesion á todos los que le invocan.

LOS SANTOS HERMANOS BERNARDO, MARÍA Y GRACIA,
MÁRTIRES EN EL REINO DE VALENCIA.

Los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, fueron naturales del reino de Valencia, de un lugar llamado Pintarrafes, antiguamente puesto entre Benimodol y Carlet, y ahora derribado y des poblado. Su padre Almanzor era señor de dichos pueblos, y moro de profesion. Tuvo dos hijos y dos hijas; las hijas se llamaban Zaida y Zoráida, y los hijos Almanzor el mayor, y el menor Amete. Enviólos á la corte del rey moro de Valencia á aprender cortesania y el arte de la guerra. Este rey, dice el maestro Gilbau, que era Zaen, deudo del otro Zaen que rindió la ciudad al rey D. Jaime. Mas esto no se compadece con la verdad, porque en Valencia nunca reinó otro Zaen que el del tiempo de la conquista. Tampoco puede ser lo que escriben Beuter y Vieiana, que sucedió el caso en el año 1130; porque, como luego diremos, fué muy cerca del monasterio de Poblet, y sabemos por la historia de Carbonell, que se comenzó á edificar mucho despues en el de 1153 por el conde Ramon Berenguer, que casó con la reina D.^a Petronila de Aragon; y lo acabó su hijo el rey D. Alonso, que entró á reinar en el año 1162 y murió el año 1196. De forma que no podemos poner la historia de san Bernardo sino es desde el año 1153 hasta el de 1196, y cuadra con esto, que el mismo maestro Gilbau pone su martirio en el año 1180.

Sea de esto lo que fuere, los dos hermanos se criaron en la corte del rey de Valencia; y aunque ambos eran muy favorecidos, parece haberlo sido mas Amete, por la confianza que de su fidelidad y talento hacia el rey; pues pasaban por sus manos todas las rentas reales, y acudia á todos los gastos de paz y guerra. Vivía Amete con la ceguedad de la secta mahometana que tenian de sus padres. Enviólo el rey por embajador á Cataluña, á tratar de rescate con los señores cristianos de ella, de algunos moros que en los reencuentros pasados se cautivaron, ó tal vez con algún tributo que pagase al conde de Barcelona. Llegado á Lérida, zeloso de su perversa secta, reprendió ásperamente á algunos moros que se habian quedado avencindados entre los cris-

tianos. De allí pasó á Tarragona; ordenó Dios, que en medio del camino él y un criado que le seguía se perdiesen por unos bosques, y les faltase la luz del día, para que les amaneciese el sol de justicia Cristo. Detúvose allí; rindiólo el sueño, á poco rato despertó pareciéndole haber oído una suave música.

No fué esto sueño, sino realidad. Salía este canto de un monasterio de la orden del Cister, que allí cerca acababa de labrar el rey D. Alonso de Aragon, abuelo del rey D. Jaime el Conquistador, llamado nuestra Señora de Poblet, cuyos monges cantaban á la media noche solemnes maitines. Como Amete no entendía aquel lenguaje, estúvose un rato embelesado escuchando; y despertando á su criado cuando vino el día se fueron hácia donde habían oído cantar, y por el rastro de un camino hollado que luego encontraron, llegaron á las puertas del monasterio. Espantáronse los monges de ver tan á deshora aquellos dos moros; mas aseguráronse con la buena gracia de Amete, que con curiosidad les preguntó ¿qué casa era aquella, qué gente, y qué manera de vivir? Respondiéronle que era uno de los templos del Dios verdadero; que el ejercicio en que allí se ocupaban era hacerle gracias á todas horas por el beneficio de la creacion y redencion, y de haberles dado conocimiento de su santa ley, y en ella el estado de mayor perfeccion cual lo es el de religiosos. Iba ya Dios moviendo el corazon de Amete; comenzó á saborear la relacion, y á pedir le informasen de propósito: los religiosos echando de ver el gusto con que él les oía, le hospedaron algunos dias; pero despedido primero el criado, porque rezelaban siempre de algun trato doble. Fué el criado á Lérida, con orden que aguardase á su señor en casa de una mora su tia; y entre tanto alumbrado de veras su entendimiento pidió al abad con instancia el santo bautismo. Desde entonces se llamó Bernardo.

Comenzó á echar hermosos renuevos de virtudes; pidió luego al abad le admitiese en la religion aunque fuese para servicio. Pagados los monges de tan buenas muestras como daba de sí este mozo, le vistieron el hábito. Era admirable su compostura, engordaba con la abstinencia, ayunaba toda la semana, y á pan y agua la mitad de ella. Era infatigable en la oracion, y una fuente perenne en las lágrimas: hablando con los religiosos decia: Confianza tengo en nuestro Señor Jesucristo que moriré mártir.

Suplicó al abad que le encargase el cuidado de los pobres y peregrinos; y visto su cristiano pecho, le nombraron portero y limosnero. Despues de cantados los maitines, cuando los otros se iban á recoger á sus celdas, se quedaba en el coró en profunda

oracion; acompañándola muchas veces con rigurosa disciplina que se daba por la conversion de los infieles, por la cual hacia grandes y tiernas declamaciones á Cristo; y con ellas pasaba la noche hasta hora de prima. Despues de haber asistido con los demás, bajaba á la portería á remediar á sus pobres. Llegó á los oídos de toda la provincia la santidad y caridad de Bernardo, y acudian en procesion los pobres al doble de lo que antes solian. En sus manos multiplicaba Dios el pan: á no ser de esta manera, quedára corta la renta de cuatro monasterios como el de Poblet, para las estraordinarias limosnas á que se alargaba Bernardo.

Hiciéronlo procurador de la casa, holgóse de esto por poder serlo mejor de los pobres; salía á los pueblos de la contribucion, acudia á remediar las mayores necesidades, visitaba los enfermos, sanábalos con la señal de la cruz. A la fama de sus maravillosas obras salian á recibirle en los pueblos adonde llegaba, y le ofrecian sus enfermos para que los tocase, mayormente los niños, por haberle Dios comunicado particular virtud sobre los quebrados y desvencijados; y como Dios oía las oraciones de su siervo, al momento se arrodillaba, y derramando humildes lágrimas, decia: Señor, no por mis merecimientos haceis vos tantas misericordias con vuestro pueblo, sino por quien vos sois: acudís á mis necesidades, y á las de aquellos por quien os ruego.

Despues de haber vencido con la ayuda de Dios algunas envidias de sus hermanos, llamado por Dios á la corona del martirio, pidió licencia al abad para llegarse á visitar los moros sus deudos, y ocuparse en su conversion. Rehusólo el abad cuanto pudo; mas vencido de sus ruegos y lágrimas, condescendió con él. En la ciudad de Lérida buscó una tia suya, mora principal y hacendada. Halló en ella gran resistencia para convertirse, y aun mil cavilaciones para pervertirle á él; pero pertrechado de la gracia, la rindió á nuestra fe, y recibió de su mano el sagrado bautismo. La cual llegó en breve á tanta perfeccion, que reservando para sí y dos criadas su preciso sustento, repartió sus bienes á los pobres. Con esta victoria gozoso se fué á la casa de sus padres: halló muerto el padre, y heredado el primogénito Almanzor, y en su compañía las dos hermanas Zaida y Zoraida.

Recibiéronlo con mucha alegría, porque se persuadieron que venia á renegar de la fe, y volverse á su secta; y luego comenzaron á tratar de la religion. Pero venidos á apretarse con argumentos los unos á los otros, no pudo jamás Bernardo ser derribado de su buen propósito: las dos hermanas alumbradas del

cielo recibieron el bautismo, llamándose Gracia y María. Bramaba de coraje Almanzor de ver á su hermano escarnecer su secta: dijole Bernardo como su venida habia sido para alumbrar á sus deudos; y pues no querian admitir la luz de la verdadera religion, que él estaba resuelto de dar la vuelta á su monasterio. Almanzor embravecido le respondió que se fuese, y que no le quitaba la vida por ser hermano.

Persuadió Bernardo á las hermanas que se fuesen con él por huir el peligro de apostatar si quedaban entre moros. Llegaron á un pueblo comarcano llamado Guadazuar, y no teniéndose por seguros de la ira de Almanzor cuando los hallase menos, caminaron hasta Alcira, y entre unos jarales estuvieron ocultos dos dias, hasta que al tercero, pareciéndole á Fr. Bernardo que ya tenia bien desmentidos los adalides y espías que habrian salido en su busca, dejó allí á sus hermanas, y se determinó de llegarse á unas caserías cercanas á buscar de comer. Apenas atravesó el camino real, cuando fué descubierto. Venia con soldados el mismo Almanzor, y arremetieran contra él para alancearlo, á no detenerlo el cuidado de las hermanas. Templó el rigor, y le dijo que si se las entregaba y volvía á su secta, hallaria perdon.

Respondió Bernardo: Yo quisiera que hubieras cogido tú tambien como ellas el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fe, ten entendido que los tres estamos prontos á morir por ella. Almanzor oido esto, le hizo maniatar, y que guiase adonde quedaban las hermanas. Saliéronle ellas al camino con lágrimas y sollozos viéndole tan mal parado. Consolólas el Santo con graves y piadosas razones; y confortadas con el breve razonamiento que les pudo hacer, ofrecieron como él las gargantas al cuchillo por la ley de Jesucristo.

Los criados de Almanzor arrebataron á Bernardo, y lo amarraron á un árbol de aquel bosque para quitarle la vida; y llegando á él un barquero, que por su oficio traía consigo un mazo y un clavo, mandado por el tirano se lo metió por la victoriosa cabeza; que con la lengua lo poco que le concedió de vida áquel tormento, invocaba el dulcísimo nombre de Jesús, y á los circunstantes convidaba con la poca sangre que le quedaba. Rindió el espíritu á su Dios el invencible mártir; y libre ya de la vida, volvióse el tirano á las santas doncellas, con halagos y largos ofrecimientos unas veces, y otras con amenazas; y al cabo de haber dado muestras esclarecidas de su constancia en la fe, concluyó el tirano con mandar á sus criados las despedazasen á cuchilladas. Embistieron los lobos carnívoros á las mansas ovejas, que con notable brio se animaban la una á la otra para morir

en la demanda; y juntando con la azucena de la virginidad las rosas del martirio, fenecieron juntas vírgenes y mártires en un mismo dia y lugar con su hermano Bernardo. Dejaron allí los tres cuerpos para pasto de cuervos; mas Dios, que tiene el cuidado de los suyos, proveyó de quien les diese allí mismo sepultura. Con el largo cautiverio de los moros se llegó á perder la memoria de su paradero, hasta que andando el rey D. Jaime en la conquista de aquel reino, fueron descubiertos milagrosamente; y el rey los mandó colocar en una ermita que luego se incorporó con el monasterio de la orden de la santísima Trinidad donde hoy se veneran. Con las alteraciones que luego ocurrieron en aquella tierra, temiendo que fuesen hurtadas las santas reliquias, las escondieron otra vez, siendo muy pocos los que sabian el lugar de este depósito. Fué pasando de unos en otros este secreto hasta que habiendo entrado los religiosos á hacer monasterio de la ermita, lo reveló el ermitaño al provincial de la orden, y de este fué propagándose esta noticia á sus sucesores. El año 1599 por el mes de mayo fueron desenterradas las santas reliquias, y en enero de 1610 trasladadas solemnemente á la iglesia del monasterio, donde ahora permanecen. Hallóse á esta traslacion el venerable siervo de Dios D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia.

SAN LIBORIO, OBISPO.

Nació S. Liborio, segun se deduce de lo que del Santo escribieron los obispos que le sucedieron en el obispado, en la ciudad Cenomanense de Francia, no lejos de la de Turon en donde san Martin fué obispo y contemporáneo suyo. Su linaje fué ilustre, y su nacimiento por los años de 300, esto es, por los principios de aquel siglo, aunque no se sabe el año ni dia fijamente; y segun el cómputo del tiempo, fué en el del emperador Teodosio y alcanzando el de sus dos hijos Arcadio y Honorio, los cuales reinaban á la sazón que murió gobernando su obispado, como diremos despues.

De su infancia y juventud hablan los autores de su vida con tan encarecidas palabras, que no parece pudieran decir mas de cualquiera de los mayores santos de la Iglesia; porque, lo primero, afirman que no se vió en sus costumbres accion pueril ni cosa que no fuese digna de hombre de razon: fué humilde como la tierra, y obediente y rendido á la voluntad de sus padres y maestro, sin tener otro querer ó no querer mas que el suyo: nunca resistió á cosa que le mandaron, ni tuvo riñas, ó discordias